

APSI 187

POR EL DERECHO A NO ESTAR DE ACUERDO
Del 8 al 21 de septiembre, 1986. \$ 240 (IVA incluido)
Recargo flete I, II, XI y XII regiones: \$ 20

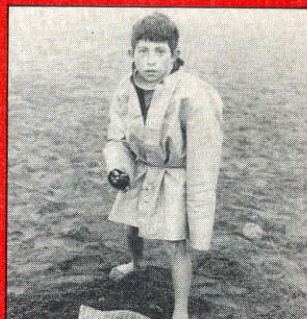
**COORDINADOR DEL
ACUERDO NACIONAL**

SERGIO MOLINA



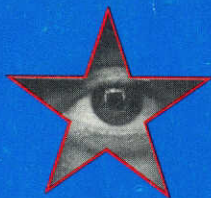
- "EL DILEMA DE CHILE ES:
ESTE GOBIERNO
O LA DEMOCRACIA"
- "EL MDP NO TIENE
POR QUÉ SER MARGINADO"
- "LAS FF.AA. QUIEREN
DIALOGAR, PERO PINOCHET
NO LAS DEJA"

**ZONA
DEL CARBON**



**IMPACTANTES
TESTIMONIOS**

**EL INCIDENTE
ENTRE
PINOCHET
Y MERINO**



**ASI OPERA LA
CIA
EN CHILE**

PLAYBOY



**EL FIN DE
UN IMPERIO**

SOLICITADA

CHILE, TAREA DE TODOS*

Ricardo Lagos



I. LA PEOR CRISIS DE LA HISTORIA

Quiero comenzar expresando cosas muy sabidas, pero que permiten dar un punto de partida adecuado al análisis de lo que ocurre en nuestra patria: después de trece años de dictadura, nos encontramos ante un país que se ha sumergido en un grado tal de crisis en cada uno de los distintos niveles como nunca habíamos conocido en toda nuestra historia. Y esto porque hay una crisis profunda y simultánea en nuestra institucionalidad, en nuestra economía, en lo social y en lo moral.

1. La crisis institucional

Nunca antes Chile tuvo una crisis institucional si entendemos por institucionalidad un sistema de principios jurídicos que norman nuestras relaciones políticas, ya sea luego

de la independencia cuando construimos un conjunto de reglas profundamente imperfectas, pero que en el último término aceptábamos como una fórmula para dirimir los conflictos que existen en toda sociedad.

Hoy, un pequeño núcleo cree en una institucionalidad dada por la Constitución de 1980, mientras la gran mayoría de los chilenos la rechaza, ya sea por la forma en que se aprobó o por sus contenidos.

Esta crisis institucional nos plantea un primer gran dilema desde el punto de vista de una reconstrucción del país, pues tenemos que plantearnos cómo reconstruimos un país a partir de una institucionalidad que los menos consideran legítima y apoyan con la fuerza militar, y que los más rechazamos. Esto genera un punto de partida político absolutamente distinto al que han enfrentado otros países que han transitado desde la dictadura a la democracia. En Uruguay, la nueva institucionalidad que se pretendió implantar fue rechazada en un plebiscito. En Argentina, la dictadura no propuso una nueva constitución: luego del conflicto de las Malvinas, cuando los militares negocian para volver a los cuarteles, el tema de la institucionalidad por la cual se va a regir el futuro gobierno civil no está en el debate entre militares y civiles. Y

* En marzo de 1986 el autor fue invitado a Inglaterra por el gobierno de dicho país. En esa ocasión dio conferencias en Oxford, en las universidades de Londres y de Glasgow y en Chatman House. Con ese motivo, tuvo una conversación con exiliados chilenos en Londres. Este documento es una versión revisada y actualizada de la transcripción de la conferencia con exiliados el 26 de marzo de 1986.

lo mismo podemos decir del Perú, donde, previo al abandono del poder de los militares, se convoca a una Asamblea Constituyente, precisamente para que los civiles establezcan una nueva institucionalidad. En otras palabras, los militares parten aceptando que es la civilidad, el pueblo, la sociedad, quien va a darse sus propias normas del futuro.

De allí que lo primero que tenemos que considerar es que el nuestro es un país donde los militares han destruido la institucionalidad, y la que ellos han pretendido erigir es hoy día el elemento fundamental o uno de los fundamentales de discrepancia política en Chile.

2. La crisis económica

El segundo elemento en esta crisis es el económico. Se dirá que la crisis es mundial; que el mundo capitalista desarrollado, el mundo subdesarrollado, que América Latina atraviesan por una crisis. Sin embargo, la magnitud y profundidad de la nuestra se debe a que esta crisis tiene lugar en medio de un experimento monetario de Chicago, en nada comparable con los que se han llevado a cabo en otros países, donde son un pálido reflejo del que se impulsó en Chile con tanta fuerza.

Por ello Chile ha retrocedido en el contexto de América Latina: hace 15 años nuestro ingreso medio era un 26% superior al de la región; hoy es sólo un 6%; participábamos del 5% de las exportaciones de América Latina; hoy hemos caído al 3%; y así hemos descendido comparativamente con los otros países en inversión y ahorro. Por eso es falso cuando la propaganda oficial culpa a la crisis: es cierto que hay crisis, pero aquí ha habido errores colosales producto del extremismo ideológico propio de criterios dogmáticos.

En Chile esta crisis ha significado una destrucción esencial del aparato productivo, que no se ha dado en los demás países de América Latina.

En efecto, hoy existe una capacidad industrial que es aproximadamente la mitad de la que existió en Chile hace veinticinco años; y, en consecuencia, si quisiéramos tener un nivel de vida y una demanda de artículos industriales similares a los que teníamos en 1970, tendríamos que recurrir a un nivel de importación inalcanzable por la situación de endeudamiento externo en que nos encontramos. En otras palabras, cuando me refiero a la profundidad de la crisis económica, me refiero a la destrucción de las bases en las que se sustentaba la estructura económica del país. Y las bases nuevas anunciadas por los de Chicago simplemente no llegarán y ya no llegarán.

En 1985 la industria chilena produjo menos toneladas de cemento, menos toneladas de papel, menos metros cuadrados de vidrio, menos litros de cerveza, menos toneladas de fideos y pastas, y menos toneladas de productos de acero que en 1970.

En consecuencia, desde el punto de vista económico, la reconstrucción del país se enfrenta a un desafío que nunca antes habíamos tenido. Cuando un economista argentino habló de una economía de postguerra para su país, planteó un símil adecuado. Era de postguerra no tanto en relación a la guerra de las Malvinas, sino por lo que Martínez de Hoz había hecho en Argentina. El término se aplica aún con más propiedad y profundidad a lo que es la economía de nuestro país después de esta experiencia monetarista.

Si hoy día quisiéramos dar empleo a todos los desempleados y mejorar en mínima parte los salarios reales, la expansión de la demanda sería de tal magnitud que el país no estaría en condiciones de satisfacerla por la incapacidad que tenemos para importar bienes, como señalábamos antes. Por lo tanto, cuando digo que hay una crisis económica profunda, significa que la reconstrucción requerirá de un esfuerzo como no se ha conocido en todo lo que va corrido de este siglo.

3. La crisis social

Junto a lo anterior, todos estamos conscientes de que también existe una crisis social de magnitud desconocida en el pasado. Sobre esta crisis social tenemos muchos indicadores que no creo necesario examinar acá. Crisis que se manifiesta en que las diferencias sociales que siempre han existido en Chile tienen hoy una profundidad que hace imposible algún grado de reconstrucción en el país si no damos cuenta de esos dos Chiles que han ido emergiendo en estos trece años. Esos dos Chiles que se expresan en un abanico de salarios que fluctúa entre 1 y 600, desde el trabajador del PEM al gran gerente. Ningún país puede resistir ese abanico salarial.

Los chilenos consumimos hoy un 15% menos que en 1970. Pero esto es un promedio. Así, el 20% más rico consume un 30% más, en tanto que el 40% más pobre consume un 50% menos. Repito, el 40% de los que perciben ingresos más bajos hoy consumen la mitad que en 1970. Esto es el drama de Chile; y si los que consumen más no lo entienden, y tampoco entienden que deberán sacrificarse, habrá, junto con la llegada de la democracia, una explosión social que hasta hoy sólo se ha detenido con la fuerza de las balas.

4. La crisis moral

Yo agregaría la existencia de una crisis de carácter moral a la cual se ha referido extensamente la Iglesia. Y cito a la Iglesia para evitar que se nos acuse de revanchismo, como se dice de todos los que planteamos el drama de un país que ha visto salir de sus propias entrañas a los que asesinan, torturan, degüellan y ahora queman, y que impávidos circulan por nuestras calles, al lado nuestro, sin que comprendamos de dónde sale esa gente, cómo fue posible que nuestra sociedad diera origen a eso, a esos miles que parecen seres normales. Eso es un elemento de crisis moral en una sociedad, que debe abordarse con la seriedad que requiere, no sólo con respecto a aquellos que sufrieron la tortura, el exilio o la muerte, respecto de los cuales debe hacerse justicia, sino más allá de eso, determinar cómo una sociedad puede llegar a eso. Debemos preguntarnos qué capacidad tiene la sociedad, si quiere reconstruirse, de abordar este tema de la crisis moral; crisis moral que se ha agudizado cuando se recuerda a los que fueron degollados y frente a cuyo caso, por un momento, tuvimos la esperanza de que por primera vez en la dictadura se iba a lograr determinar quiénes eran los responsables. Hoy día, después del horrendo hecho de la quema de dos jóvenes, uno de los cuales ha fallecido, todos lo sabemos, esa esperanza está extinguida. Un obispo vinculado a los trabajadores de la Vicaría me decía: "¿Qué podemos decirles ahora a quienes quieren hacerse justicia por sus propias manos?". Palabras de un obispo que reflejan la crisis moral por la que atraviesa nuestra patria.

II. LA NECESARIA Y DIFÍCIL UNIDAD

1. Más allá de Pinochet

A partir de estos cuatro elementos que confirman esta crisis profunda, sólo podemos mirar hacia adelante si asumimos que es una tarea de todos. Y quiero insistir en eso: de todos. El drama de Chile es Pinochet, pero, por desgracia, Pinochet es sólo el inicio del drama en toda su profundidad. Porque ido Pinochet, son estos elementos de crisis los que aparecerán con toda su fuerza y plenitud, demandando la capacidad de los chilenos para reconstruir un país dentro de un

sistema relativamente ordenado, no caótico, en un clima de crisis social, de crisis moral, de crisis económica y de crisis institucional que tiende a fragmentarnos como sociedad si no somos capaces de presentar, desde el inicio, un proyecto común de sociedad, para superar estos grandes desafíos.

Es por esto que la respuesta nacional a este drama de Chile excede y trasciende la necesidad de enfrentar con unidad la salida de un dictador, el tránsito de una dictadura a una democracia. Si sólo pensamos que el tema es Pinochet, estamos quizá inconscientemente suponiendo que Pinochet es el responsable de estas cuatro crisis, lo cual es cierto. Pero su partida, sin embargo, no nos devolverá la normalidad. Y, por lo tanto, creo que el dilema, el gran dilema político del momento, que por cierto comienza con Pinochet y por el tránsito de la dictadura a la democracia, no termina con la salida del dictador. Debemos necesariamente enfrentar, y ver si somos capaces de visualizar, caminos posibles para una salida racional a Chile.

Tenemos que enfrentar la salida de Pinochet, proyectándola más allá, vinculándola, en alguna medida, a lo que queremos para después de Pinochet. Nos parece que si hoy día se plantea una determinada estrategia movilizadora para enfrentar al régimen, ésta cobra más fuerza si no se limita sólo a enfrentar al dictador, sino que también plantea una alternativa positiva para nuestra patria. Creo que todos, en mayor o menor medida, estamos conscientes de esta crisis y de lo que nos espera el día de mañana; todos tenemos una sensación muy íntima, que lo que viene después es tan difícil como el proceso que hoy enfrentamos. Y, por cierto, es fácil decir que se requiere la unidad de todos. Nadie estará en desacuerdo en ello. Sin embargo, existen aspectos a los cuales quiero referirme a continuación, que indican que no será fácil alcanzar esa respuesta nacional y que hay que tener presentes.

2. Los escollos para la unidad

a) Un movimiento sindical debilitado

En primer lugar, tenemos un movimiento sindical, que, como resultado de lo que ha sucedido en estos trece años, tiene menos fuerza y representación que en el pasado. No porque el movimiento o sus dirigentes sean distintos a los de ayer, sino porque la política económica y monetaria de la dictadura significó prácticamente la desindustrialización del país, y porque los sectores muy importantes de la clase trabajadora y la clase obrera chilena tienen hoy una situación absolutamente desmedrada con respecto al pasado.

De una parte ha habido una caída, en términos absolutos, de los sectores trabajadores susceptibles de sindicalizarse, como consecuencia de la destrucción industrial. Y, por la otra, para sobrevivir a la crisis, los trabajos inventados son actividades marginales en las cuales la organización es casi imposible. A estos factores propios del tipo de "desarrollo", hay que agregar la represión contra el movimiento sindical y una legislación laboral que impide a los trabajadores ejercer sus derechos plenamente. Son estos factores los que hoy hacen que sea más débil y aparezca disminuido el número de trabajadores sindicalizados.

b) Un aparato estatal desmantelado

Un segundo obstáculo para lograr una respuesta nacional es la destrucción del aparato del Estado. En el pasado, determinados servicios o actividades de la sociedad chilena tenían una importancia tal, que se asumía que debían ser desempeñados por el Estado. Así, había un gran Servicio Nacional de Salud; un sistema educacional, de obras públicas y de viviendas. Como resultado de estas funciones del Estado, para destacar sólo el punto de vista político, se constituyeron ciertos referentes nacionales de profesionales, con una poderosa fuerza social y política dentro de la sociedad chilena, a partir del papel que desempeñaban dentro del apa-

rato del Estado. Existían así los trabajadores de la salud, los trabajadores de la educación, trabajadores en el mundo de la ingeniería y de las obras públicas y vivienda, que tenían una fuerza y una capacidad de incidir en los fenómenos sociales, que sólo ahora que aquello se ha perdido apreciamos en toda su magnitud. Un paro del magisterio, por razones corporativas y salariales, o por aspectos de políticas educacionales, era un elemento fundamental que todo gobierno debía analizar con detención.

De esta forma, la sociedad chilena tenía por un lado una clase obrera y un movimiento sindical muy poderoso y, por otro, ese mundo estable que le permitía a los trabajadores manuales e intelectuales hacer oír su voz, en todos los ámbitos de la vida nacional.

Hoy, en cambio, existe un Estado que ha disminuido o destruido estas funciones; un mundo de los profesores en que el patrón es la municipalidad respectiva, o, para ser más precisos, el capitán a cargo de la municipalidad respectiva, y donde toda la política salarial se decide a nivel de la municipalidad. La formación de la AGECH y la conquista, por los docentes democráticos, del Colegio de Profesores, en diciembre de 1985, son conquistas que revierten lo anterior. Pero los renovados intentos por municipalizar hoy (para mañana privatizar) busca no sólo el control político de estos gremios (vía alcaldes y ministros del Interior), sino además atomizar el sector.

Estas son consecuencias sociales de la política económica que han contribuido a debilitar los sectores trabajadores que hay que considerar en un proceso para reconstruir a Chile.

c) Un empresariado sin proyecciones

Una tercera dificultad, producto de la crisis económica, se refiere al empresariado chileno. Todos conocemos el papel que ha jugado y que juega, la defensa que hace del statu quo. Hoy, sin embargo, tienen un nivel de dependencia del régimen porque la crisis llevó a poner en discusión la propiedad de los activos de las empresas. ¿De quién es hoy el Banco de Chile? ¿De quién es tal o cual empresa que está endeudada con algún banco en cantidad muy superior a su capital? ¿De nadie? La propiedad de sus activos es hoy día propiedad del régimen, lo que significa que son más dependientes de éste que antes. La propiedad de sus activos depende del crédito que el régimen les quiera otorgar.

En esto se diferencia de lo que pasó en otras partes. La burguesía uruguaya estaba contra los militares y por el regreso a la democracia, y, por cierto, también lo estuvo gran parte de la burguesía filipina. Pero la chilena no. Como alguien ha dicho, mientras no se resuelva este tema de la propiedad, porque estamos endeudados, preferimos seguir negociando con el señor Büchi o con el ministro de Hacienda de turno y no con personas hoy en día en la oposición y que no sabemos por dónde salen. Y es así como hoy vemos esta premura por privatizar rápidamente no sólo el "área rara", sino también aquellas empresas que han sido siempre del sector público.

Nos encontramos, pues, con un cuadro en que la reconstrucción pasa por un empresariado que tiene una percepción de corto plazo, miope, y que independientemente de las garantías que se le puedan dar o no dar, está hoy en una situación tal de crisis que lo hace restarse de cualquier esfuerzo real de las fuerzas opositoras por reconstruir el país.

Hemos visto la forma como CORFO anuncia que venderá activos por 85 mil millones de pesos. Y así, COPEC, CCU, TELEX CHILE, Laboratorio Chile, viñas, fondos y los principales bancos, están hoy en apresuradas licitaciones, sin que los chilenos sepamos con qué criterio se hacen estas operaciones. Mañana, investigar esto no será atentar contra la propiedad privada, sino introducir "transparencia" y un estilo ético en los negocios. Pero, mientras tanto, el mundo empresario —en su mayoría—, dedicado a "comprar", no

tiene tiempo de pensar en una solución nacional para el país.

d) Los partidos políticos desarticulados.

Por último quiero mencionar brevemente el tema de los partidos políticos y lo que han significado los trece años de dictadura en su capacidad para mantener su homogeneidad y su unidad.

Sin democracia en el país, es imposible resolver al interior de los partidos políticos las distintas alternativas políticas que ellos pueden recorrer. De allí la propensión a su división. En segundo lugar, y más importante, la represión en estos trece años ha afectado seriamente la capacidad de vinculación de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, propias del antiguo sistema político chileno. Porque las direcciones de los partidos de la izquierda chilena fueron todas a la cárcel, o a la Isla Dawson, al exilio o fueron asesinadas. En consecuencia, la capacidad de los partidos políticos chilenos hoy es un remedo de lo que fue. Las direcciones políticas tienen enormes dificultades para ejercer su función a través de los canales internos, y en último término, entonces, terminan haciéndolo a través de los medios de comunicación. Y basta entonces una declaración de estado de sitio, en que se nos prohíbe el acceso a las radios, para que prácticamente la totalidad de un país quede sin rumbo. Creo que las direcciones tiene que plantear con franqueza este aspecto si queremos entender las dificultades que enfrentamos.

No basta con decir "nos comunicamos con los 25 ó 30 regionales que tenemos". Es cierto, eso lo podemos hacer, pero, ¿cuál es la vinculación de los regionales con el mundo real en su provincia, en su región, si en estos trece años todo el tejido de la sociedad chilena se ha cortado como resultado de la dictadura? Yo diría que a muchas direcciones les es difícil establecer mecanismos de comunicación, y si el mecanismo es difícil para insinuar una orientación política de arriba hacia abajo, el mecanismo no existe cuando se quiere hacer de abajo hacia arriba, salvo en sectores menores y pequeños.

El cuadro descrito aparece muy negativo. Sin embargo, el avance habido en los últimos años es enorme. Hoy hemos reconquistado o, mejor, reconstruido las organizaciones estudiantiles, los colegios profesionales, existe una red adecuada a nivel poblacional y el mundo político se ha ido plasmando en los últimos tres años en torno a definiciones teóricas importantes, renovando sus directivas y estableciendo referentes políticos de significación. Hay dificultades, pero algo se ha avanzado.

III. CONCERTACION NACIONAL PARA LA RECONSTRUCCION

Estos son los problemas que a mi juicio dificultan el desafío de reconstruir y así superar esas cuatro crisis que mencionábamos antes. Y repito que éste es un desafío de todos los chilenos, un desafío nacional, que debe tener presente las dificultades que señalábamos para esta reconstrucción. Tiene que participar en esta reconstrucción el mundo sindical, con las limitaciones que conocemos, así como el mundo empresarial, con el cual difícilmente se va a contar.

Y ante ese cuadro tiene que haber al menos tres áreas básicas en las cuales un entendimiento amplio, mayoritario, del ochenta y cinco por ciento de los chilenos que están en contra de la dictadura, es esencial. Y en torno a esas tres áreas, debemos reconstruir e insinuar un camino para el país.

1. Institucionalidad mínima

La primera es la necesidad de buscar acuerdos mínimos entre las fuerzas políticas y sociales respecto al tipo de estructura institucional que queremos a futuro para acordar la forma en que vamos a dirimir los conflictos que necesariamente tendremos. El estar de acuerdo o el compartir una cierta estructura o andamiaje institucional, es aceptar que sólo a través de allí, por ese andamiaje, resolveremos dificultades. Toda sociedad tiene clases sociales; las clases sociales tienen puntos de vistas distintos, tienen planteamientos distintos, tienen intereses distintos. El punto es ver cómo se conjugan esos intereses a través de una estructura institucional mínima para salir hoy de la dictadura. Este punto tiene que abordarse con mucha franqueza, porque si queremos lograr un acuerdo del ochenta y cinco por ciento, tenemos que tener unos mínimos lo suficientemente amplios para que el ochenta y cinco por ciento participe. Creo que el drama de Chile no permite soluciones que no sean de mayorías. Para una respuesta nacional se requiere el entendimiento mayoritario de todos, y eso requiere de esos principios esenciales, de tipo institucional: la responsabilidad de los gobernantes, la alternancia del poder, los derechos humanos, los tipos de estructura socioeconómica dentro de la cual la sociedad podrá optar.

Tiene que haber un entendimiento institucional en el cual yo, como socialista, crea posible construir el socialismo dentro de ese andamiaje, aceptando que si soy minoría tendré que respetar ese andamiaje institucional y la existencia de una estructura socioeconómica distinta a la que yo quisiera impulsar. Pero el andamiaje tiene que tener la flexibilidad suficiente para que el proyecto que cada uno de los sectores sociales quiera realizar, pueda hacerse. Nos parece que éste es un tema central.

El Acuerdo Nacional fue un primer intento de respuesta en este sentido, y aquellos que lo interpretan como un acuerdo institucional escaso, que impide el desarrollo de distintos proyectos sociales para Chile, lo malinterpretan. Por cierto que esto puede ser tema de debate, pero desde mi punto de vista fue un esfuerzo para establecer este andamiaje institucional de acuerdo a esos principios.

Creo que el Cardenal cometió un error cuando invitó a participar a su mesa a sectores que no cubren en todo el espectro político chileno. Les hicimos ver esto como partido, lo grave que era y las dificultades que podría traer a futuro. También hubo un error cuando, una vez suscrito el Acuerdo, se invitó al resto de los partidos políticos a incorporarse, y el Partido Comunista no lo hizo. También esto se nos ha planteado en distintas oportunidades.

Si se hubiese hecho en ese momento, cuando Francisco Bulnes el día domingo suscribía el acuerdo a sabiendas que era altamente probable que el Partido Comunista también lo suscribiera el lunes, tendríamos hoy un cuadro político chileno distinto. No existiría una discusión de los de adentro con los de afuera, de los excluidos con los no excluidos.

A pesar de todo, creo que el Acuerdo es un primer paso en la dirección de este entendimiento en torno a los principios institucionales, pero absolutamente insuficiente respecto de los desafíos que tiene el país por delante.

Porque si bien podemos plantear como bandera las medidas inmediatas del Acuerdo Nacional (en lo que dicen relación al restablecimiento de ciertas libertades esenciales, que constituyen un denominador común, en el cual estamos todos de acuerdo), es insuficiente en tanto apunta sólo y casi exclusivamente a los aspectos jurídicos y nos deja todo el problema de la transición en el aire, en especial los principios socioeconómicos que deben guiarla.

2. Bases socioeconómicas

Creo que todos estamos conscientes de que los problemas económico-sociales y morales a que me he referido antes requieren de una respuesta también nacional. Y es por eso, entonces, que hemos planteado la necesidad de buscar un acuerdo nacional para transitar hacia una justicia social distinta a la que vamos a recibir, que modifique la herencia que recibimos de la dictadura. Me explico: estamos todos de acuerdo en que los servicios de seguridad deben desaparecer, así como deben desaparecer las estructuras que hicieron posible por parte de la dictadura las violaciones masivas de los derechos humanos. Pero me pregunto: ¿por qué van a desaparecer sólo aquellas y no las reglas que establecieron un sistema económico que se aplicó durante doce o trece años, por la fuerza, y que hoy presenta un Chile distinto del Chile que fue, un Chile donde los desequilibrios sociales son hoy infinitamente mayores que los que conocimos en el pasado?

Por perfectos que sean los acuerdos en lo institucional, no vamos a reconstruir al país si no tomamos ciertas medidas concretas frente a las demandas socioeconómicas inmediatas del presente.

Esto nos conduce entonces a planos muy concretos: ¿qué pasa con los grupos económicos que tienen el control y han sido responsables del ochenta por ciento de la deuda privada chilena, y, afinando más la puntería, con Vial y Cruzat, sólo dos grupos económicos responsables de 6.500 de los 20 mil millones de dólares de la deuda externa de Chile? ¿Qué se hace con ellos?

Cuando nosotros planteamos esta pregunta, y quiero ser muy franco, no estoy planteando que a partir de la eliminación de esos grupos haremos la revolución socialista, porque entonces el ochenta y cinco por ciento de los chilenos no va a estar con esa plataforma. Pero sí estamos exigiendo que aquellos sectores que creen en el sistema capitalista tomen también una posición frente a estos grupos económicos, ya que es imposible reconstruir un sistema democrático mañana si se les deja intactos, sin afectar sus intereses cuando salga la dictadura. Porque hay una estructura socioeconómica, un nivel de demanda y de consumo en Chile propio de esos desequilibrios. Si se reactiva la economía como sí nada hubiera pasado, se estarán reactivando y perpetuando esas estructuras que hoy día existen.

Es por esto que me parece absolutamente legítima la necesidad de un entendimiento muy amplio respecto a la forma en que se afecte y se modifique esta estructura económica, herencia de la dictadura. También en esto es indispensable una respuesta nacional. Insisto: el plantear un camino hacia un sistema democrático no es sólo acordar un conjunto de principios políticos institucionales, sino también crear las bases socioeconómicas mínimas, de tipo material, que los sustenten. Creo que todos estamos conscientes de la imposibilidad de sostener un camino hacia un sistema democrático mientras exista una cifra oficial de desempleo de 13% y del 22% si agregamos al PEM y al POJH. Y tampoco vamos a lograr un sistema democrático cuando a nivel poblacional el desempleo abierto es de un 65% entre los menores de 30 años, y cuando el 35% de los jóvenes menores de 30 años ocupados tienen trabajos que en promedio duran dos meses. Y si los jóvenes que tienen trabajo estable en una fábrica no alcanzan al 5%, ¿cómo vamos a construir una sociedad cuando para esa inmensa mayoría la sociedad no ofrece nada?

Este es, entonces, un tema que hay que abordar y que requiere de un conjunto de elementos. Y para esto tiene que haber una respuesta mucho más amplia que la respuesta de éste o aquel grupo político o conglomerado, por importante que sean. Es en este sentido que estamos planteando la necesidad de una respuesta nacional. Al menos tenemos que tener la voluntad para iniciar un debate sobre los principios

que deben regir este período, incluso antes de iniciar las discusiones, sobre cómo generar empleo, reconstruir el sector industrial y enfrentar otros temas que también son esenciales y ante los cuales tiene que haber una respuesta nacional.

Tiene que existir una respuesta nacional, por ejemplo, sobre qué hacer con los 20 mil millones de dólares de deuda externa. Porque al día siguiente que caiga Pinochet, van a llegar los 600 banqueros que en este instante son los acreedores de Chile en el mundo, a saber qué pasa. Incluso ahora, cuando vienen a Chile, hablan con la oposición.

El ejemplo de otros países puede servirnos. Vemos que un García o un Sanguinetti buscan una respuesta nacional a este tema. Cuando Uruguay negocia la deuda externa, en la delegación, junto al presidente del Banco Central y con plenos poderes, van economistas del Frente Amplio y economistas del Partido Blanco de Wilson Ferreira. Quiere decir que entienden que el tema de la deuda externa excede la respuesta política del partido de gobierno. Y si estos países están en condiciones de plantear una respuesta nacional, están señalando un camino obvio frente al problema que se avecina.

Es con este propósito que los socialistas hemos presentado un Pacto por la Justicia Social, que no es sino un conjunto de principios que nos deben obligar a todos y que buscan restablecer los equilibrios perdidos en la sociedad chilena. Si algunos piden garantías respecto de la propiedad, con cuanta mayor razón otros piden garantías sobre el derecho a tener un empleo, el derecho a un salario digno, el derecho a una alimentación adecuada, el derecho a una atención decorosa para el enfermo y el derecho a aprender. No basta una declaración lírica. En tanto la dictadura ha beneficiado a unos en perjuicio de los sectores populares, todos tenemos que aceptar el compromiso de restablecer una mayor justicia en nuestra sociedad.

3. Definición de Estrategia

También tiene que haber un entendimiento global sobre la estrategia o el camino a seguir para enfrentar a Pinochet. En relación a esto, la respuesta de Pinochet al Acuerdo Nacional ha sido un elemento importante en el último tiempo, porque despeja dificultades en el mundo opositor: aquellos que aún tenían la ilusión y creyeron que con Pinochet se podía negociar la salida democrática, hoy día la han perdido y, si persisten en ella, lo hacen de mala fe. En consecuencia, podemos olvidarnos de aquellos que plantean negociar con Pinochet.

El camino que la oposición se ha planteado es aquel de la movilización que obligue a buscar una solución democrática para el país, y aparece hoy como el único viable.

Sin embargo, tenemos que ser muy claros en este entendimiento en torno a la movilización para llegar sin sectarismos a ella, sin el sectarismo de los que quieren excluir a priori a unos de la mesa del debate y también del sectarismo de aquellos que insisten que hay una estrategia "privilegiada" que se mantiene no obstante lo que entre todos los demócratas definamos como el camino correcto. Creo que hay sectarismo de los que excluyen al Partido Comunista y también de éste al querer imponer una determinada forma de enfrentamiento a Pinochet. Si necesitamos una respuesta nacional del ochenta y cinco por ciento que está en contra de la dictadura, es ese ochenta y cinco por ciento el que tiene que definir el camino que más le parece adecuado.

Por mi parte no comparto la opinión de quienes estiman que todas las formas de lucha son adecuadas. Creo que hay formas de lucha que son contraproducentes para movilizar al ochenta y cinco por ciento de los chilenos. Hay chilenos que no se van a movilizar si se impulsan determinadas formas de lucha que en último término apuntan a aceptar la

lógica de la guerra. Y tenemos que tener la capacidad de plantear y debatir este tema, así, abiertamente. Si queremos restablecer un sistema democrático, democráticamente debemos definir la estrategia que queremos seguir para lograrlo. Y una vez definida la estrategia, todos estamos obligados a ella.

¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que es fácil creer que hay unidad en la movilización cuando se entiende por movilización cantar la canción nacional en la Plaza de Armas, o que se paralice el país. Esa es unidad en la movilización y allí nos encontramos todos. Pero eso no es lo único en torno a lo cual debe haber acuerdo. Porque todos sabemos que en un momento dado este programa movilizador, si ha tenido éxito, tendrá que enfrentarse a la salida democrática. No hay que descartar la posibilidad de que mañana alguna autoridad de la Iglesia Católica plantee la necesidad de dialogar con alguien, negociar con alguien. Y en ese momento, ¿quién va a resolver el tema de la movilización?

Si decimos que la movilización nos obliga a todos, si entre todos resolvemos un camino de movilización, entre todos tendremos que determinar si se introduce algún cambio en lo convenido. Por ello, si lo acordado nos obliga a todos a no hacer más de lo que se ha acordado, ni menos de lo que se ha acordado, puede resolverse unilateralmente. Esas actitudes me parecen tremendamente perjudiciales para una respuesta nacional. Y, por lo tanto, cuando hemos planteado que un Comando Nacional de Movilización es vinculante, estamos enfrentando el problema en lo que éste es: un problema político. El problema no es ponerse de acuerdo en quién reparte las palomitas llamando a la próxima protesta. Eso hay que hacerlo, claro. Pero el problema político que implica la movilización obliga a una concertación nacional de todos, en que nadie puede ser excluido pero tampoco nadie puede imponer al resto sus puntos de vista. Este nos parece un tema que tiene que abordarse con mucha franqueza.

4. La oposición dividida: un desafío para el socialismo

Frente al cuadro actual, aparece una oposición que no está a la altura de las circunstancias.

Esta oposición en lo político ha tendido a expresarse a través de distintos referentes, como son la AD, el MDP, y elementos hacia la derecha de la AD, como el Partido Nacional. Sin embargo, aparecen tres estrategias distintas al interior del arco opositor, que hacen hasta ahora muy difícil su concertación.

a) La estrategia de centroderecha, mirada con simpatía por sectores demócratacristianos, que cuenta con el apoyo del Partido Nacional y que busca a partir de un entendimiento, que va desde PS hasta nacionales, constituir un arco opositor, que a la vez sea una alternativa del gobierno post-Pinochet.

b) La que establece un arco AD más MDP, tendiendo a excluir al mundo del Partido Nacional.

c) La que propugnamos los socialistas, hasta ahora sin éxito, en torno a una oposición nacional unida, y que se expresaría hoy en un arco que va desde el PC hasta los nacionales.

Estas tres lógicas que cruzan el escenario opositor han estado en una u otra forma presente desde el inicio, y es lo que explica por qué la oposición presenta este cuadro desnudo. Lo grave es que tanto la primera como la segunda lógica son absolutamente insuficientes para enfrentar el desafío actual. No puede pretenderse una alternativa de gobernabilidad futura con exclusión de un sector importante, como es el mundo comunista, y mucho menos sin que éste tenga algún tipo de compromisos, al igual que el resto de las fuerzas políticas, en la salida a la crisis. De igual manera, no es posible suponer que el solo entendimiento AD - MDP es sufi-

ciente; en tanto, es indispensable que en ésta, al igual que en otras salidas de experiencias dictatoriales, el mundo conservador esté representado: la derecha y el empresariado también deben jugar un rol activo. Suponer que se puede prescindir de este elemento en una estrategia de recambio es no comprender la profundidad de la propia crisis que en este momento enfrenta la sociedad chilena.

En suma, tanto la estrategia de exclusión respecto de los comunistas como la estrategia de no buscar la participación del mundo más conservador, y por ende del empresariado que éste podría representar, son estrategias condenadas al fracaso, por cuanto el arco que se debe construir tiene que ser infinitamente mayor.

Estoy consciente de que estas estrategias excluyentes llevan implícito un cierto signo ideológico para la salida post-Pinochet, el cual está acorde con los deseos de unos o de otros, buscando que su tendencia sea hegemónica en la salida. Lo anterior, sin embargo, no hace sino señalar la falta de grandeza o de comprensión de la magnitud de la crisis que ha caracterizado a la oposición en este tiempo. Así, cuando se observa que las grandes preocupaciones del Partido Nacional en la gobernabilidad futura es exigir definiciones respecto al derecho de la propiedad, o bien respecto a proposiciones de los comunistas, que creen posible una salida post-Pinochet a través de una "democracia avanzada" que apunte al socialismo, no puede uno menos que preguntarse cómo estas visiones estrechas, en estas circunstancias, están dificultando una salida para Chile.

Hoy es indispensable hacer un planteamiento de denuncia frente a los obstáculos reales que enfrenta la oposición. Es muy difícil poder permanecer callado ante el drama nacional que nos rodea y en donde las miradas se vuelcan al mundo político y éste aparece atrapado por lógicas que pretenden hegemonizar una salida, sin comprender que ésta requiere de un renunciamiento a lo que son los particulares intereses de capilla o de grupo. Por cierto que las fuerzas sociales se expresan en cualquier salida, pero de lo que se trata es de reconstruir el marco de la civilidad, que permitió en el pasado expresarse desde los Bulnes Sanfuentes hasta los Luis Corvalán, y esto no tiene por qué ser presentado al país como un "oscuro contubernio" del cual los partícipes deben avergonzarse, sino precisamente como un logro para reconquistar las esencias que en el pasado fueron signo de orgullo de la sociedad chilena.

Nosotros, socialistas, hemos planteado con fuerza lo anterior y esto se ha hecho en lo esencial a través de dos iniciativas que no culminaron con éxito, pero que apuntaban en la dirección señalada. De una parte, nos referimos al Pacto Constitucional, documento que fue aceptado desde nacionales a comunistas prácticamente en su integridad, y que no se suscribió por todos como resultado de una frase relativa al período de la transición. Pero, salvo respecto de la forma de enfrentar a la dictadura, todos estaban acordes en los principios democráticos que el Pacto Constitucional involucraba y respecto al cual debiéramos condicionar nuestras conductas políticas futuras. De la misma manera, el Pacto por la Justicia Social es un esfuerzo de poder establecer los principios que los distintos partidos políticos deben asumir y aceptar para el período de transición, y que tienen básicamente por objeto restablecer los equilibrios que la sociedad chilena ha perdido en estos trece años de dictadura, y donde se reconoce que tienen prioridad las demandas de los sectores populares.

Nos parece, en consecuencia, que sería indispensable, sin el propósito de crear referente alguno, invitar al mundo de los sectores políticos a suscribir estos dos documentos, con los debates que sean necesarios previamente. Estas suscripciones señalarían con firmeza la voluntad de la clase política de lograr un acuerdo sustancial en el futuro que se quiere construir, y, a partir de esto, establecerían un itinerario.

rio de salida. En otras palabras, creo que se debiera ofrecer nuevamente estos dos documentos a todas las colectividades políticas del país y que su suscripción sea la respuesta que aquellos que están en la Asamblea de la Civilidad le demandan a las fuerzas políticas.

No se puede continuar aceptando el hecho de que las fuerzas sociales tengan un campo amplio para la concertación, pero que ésta no pueda darse entre las fuerzas políticas. Es verdad que hoy la principal de las tareas políticas es la movilización necesaria para enfrentar al régimen, y ésta, que es la política importante, no puede la oposición casi de un modo hipócrita dejársela a las fuerzas sociales. Por lo tanto, nosotros, los socialistas, debemos denunciar estos sectarismos que excluyen a unos y otros, y que en el fondo se buscan para imponer sus puntos de vista. Para ello es necesario hacer un planteamiento que a mi juicio debiera provenir de todo el arco de las fuerzas del socialismo chileno como una forma de emplazamiento precisamente a unos y otros.

Creo que hemos dado demostraciones más que suficientes de nuestra voluntad de concertación aún con aquellos que puedan aparecer en las antípodas a nosotros, como es el gran empresariado nacional. Lo hemos hecho porque no creemos en otra solución que no sea verdaderamente nacional y sin ánimo de plantear hegemonismos de ninguna especie. Pero si tenemos autoridad a través de las acciones que hemos realizado, aprovechemos esta autoridad para intentar desentramar el cuadro político nacional antes de que mañana sea demasiado tarde.

Hoy el país se acerca cada vez más a una situación de guerra civil. El general Pinochet ha declarado la guerra como único camino de poder aferrarse a los plazos de la Constitución en la cual la gran mayoría de los chilenos no creemos. Esta declaración de guerra ha significado que de una u otra manera haya empezado a surgir una respuesta de guerra, que también debemos rechazar y que implica, también, responder con la guerra. Los armamentos que se anuncian en estos días, descubiertos en el territorio nacional, deben hacer meditar en un doble sentido; primero, sobre el por qué de la incredulidad con que la población ha recibido la noticia, y, segundo, sobre el tremendo fracaso que implicaría para el régimen la existencia efectiva de estos armamentos. Querría decir, en este último caso, que la seguridad militar tampoco ha podido ser garantizada tras trece años de autoritarismo por este gobierno. Lo grave es que, ante esta lógica de guerra, el tiempo para proponer una solución política, como la descrita en las líneas anteriores, se acorta. Es indispensable que exista claridad en torno a un mecanismo político de salida a la crisis, mecanismo que no puede ser otro que restablecer la soberanía popular y que sea el pueblo de Chile el que en elecciones libres, secretas e informadas opte por señalar un camino para Chile. El convocar a la constitución de un gran comando para exigir **elecciones ahora** en el país, puede ser la respuesta adecuada. El país tiene que percibir que hay un camino de tránsito de la dictadura a la democracia a través de un conjunto de medidas que culminan en una elección clara. Registros electorales hoy son relativamente fáciles de construir a través de los mecanismos computacionales. Lo que se necesita es la voluntad política para implementar un conjunto de medidas que deben ser las inmediatas del Acuerdo Nacional y que apuntan al restablecimiento de los derechos humanos, el fin del exilio, la libertad de prensa y reunión, desmantelamiento de los aparatos represivos. Esta solución política tiene que lograrse a través de una movilización amplia y masiva del pueblo de Chile.

En este sentido, la Asamblea de la Civilidad, que reúne al conjunto de organizaciones sociales más amplio que se ha logrado establecer en la historia del país, ha podido plantear un conjunto de reivindicaciones económico-sociales respecto de las cuales los partidos políticos tienen la obligación de asumir el compromiso de satisfacerlas mañana, en

democracia. A través de la Asamblea de la Civilidad debemos ser capaces, en consecuencia, de definir, entre todos, los criterios de movilización que realmente motiven al oche-ta y cinco por ciento de los chilenos que quieren restablecer la democracia ahora. El logro de una estrategia común en materia de movilización debe también entonces permitir facilitar el entendimiento en otros planos, especialmente en lo que dice relación con la solución política.

IV. REFLEXIONES FINALES

1. El apoyo internacional

Quiero hacer algunas reflexiones finales. La primera respecto a lo que ha ocurrido en el plano internacional y acerca del por qué, casi sin darnos cuenta, el drama de Chile está dejando de ser un drama del cual se preocupan sólo los chilenos.

A medida que la crisis en la sociedad de Chile se profundiza y nos acercamos a una situación de enfrentamiento, los intereses de la comunidad internacional y de los distintos países que la forman hacen que éstos adopten caminos, frente a la situación de Chile, acordes con lo que son sus particulares intereses. Hemos dicho que, cuando se trata de países grandes y poderosos, la historia enseña que éstos utilizan las relaciones internacionales para mantener o representar su fuerza y poderío. Esto es lo que da origen a relaciones de carácter imperial, en las que los estados, si bien continúan nominalmente soberanos, terminan económica, política o culturalmente sometidos a la hegemonía de otras sociedades. El imperialismo ha sido entonces una constante en la historia; cada sistema político y económico que se encuentra en su apogeo trata por todos los medios de perpetuarlo y las relaciones internacionales constituyen un medio eficaz para ello.

Cuando los socialistas decimos que estamos en contra del imperialismo, estamos señalando que queremos establecer una relación más equilibrada en los contactos internacionales, sean éstos políticos, económicos, militares o culturales. Cuando afirmamos nuestra autonomía en el plano internacional, queremos precisamente señalar que nuestros problemas los debemos resolver los chilenos y que nuestras relaciones internacionales deben estar también en función de los intereses nuestros, y de ahí entonces la necesidad de mantener una equidistancia de las grandes potencias. Cuando una sociedad se polariza a los límites a que ha llegado Chile, los intereses imperiales afloran más nítidamente, en tanto se tiende a sacar cuentas de las ventajas o inconvenientes que presenta una sociedad que está pronta a entrar en el trauma de la lucha fratricida y la desintegración. Pero si queremos que el problema de Chile lo resolvamos los chilenos, tenemos no obstante que tener claro que otras sociedades miran con preocupación lo que aquí pasa y que la solidaridad internacional que ha despertado la lucha del pueblo de Chile debe entenderse como un mecanismo idóneo para apurar el fin de la dictadura; la polarización a que ha llevado el general Pinochet a Chile hace que ahora también la comunidad internacional vea la necesidad de una salida rápida y de carácter político a esta crisis. Una lucha fratricida en Chile pone en peligro la estabilidad de los nacientes regímenes democráticos que están surgiendo en el Cono Sur. Es lo que ha planteado reiteradamente un Presidente Alfonsín, un Presidente Sanguinetti, un Presidente García. De ahí entonces que el cuadro internacional obliga a pensar y a meditar en la necesidad de una salida nacional como la que se ha descrito en estas líneas.

2. Tarea nacional

Sin referirnos a la influencia que pueda haber tenido el ejemplo de Filipinas o Haití, sólo quisiera decir que si algo aparece claro en estos fenómenos es lo siguiente: ninguna dictadura personal negocia y se va voluntariamente, y es bueno que saquemos esa enseñanza. Segundo, que la forma de enfrentar a esas dictaduras personales ha sido con una movilización nacional muy vasta. Tercero, ha sido posible establecer una cierta movilización del pueblo, de la sociedad, tras banderas muy específicas. Y cuarto, que hubo apoyo internacional, o de la Iglesia en el caso de Filipinas, sólo después de que estos pueblos internamente pusieron en jaque al dictador y no antes. Por lo tanto, por importantes que sean los fenómenos internacionales, nadie hará la tarea por nosotros. En la medida que seamos capaces de desarrollar determinado tipo de situaciones en el país, puede ser importante la influencia moral de una entidad como la Iglesia o la comunidad internacional en sus distintas expresiones.

3. Enseñanzas

Frente a ustedes, a un grupo de amigos que en su gran mayoría no vive en la patria, se nos plantea en toda su magnitud el exilio. Y más allá del drama, está el descubrir cómo se mira desde afuera a Chile y cómo mantener en el Chile que queremos construir mañana, este capital humano que la sociedad chilena acumuló a través del exilio, porque hoy tenemos un Chile que tiene un nivel de conocimiento de lo que pasa afuera, de contactos, de relaciones que nos han hecho perder el carácter insular que antes teníamos. Hemos aprendido que las relaciones internacionales son importantes.

Es un desafío, entonces, en esta tarea tan grande que es reconstruir Chile, a partir de la crisis en que se encuentra, usar el capital que individual o colectivamente hemos ido construyendo fuera de Chile y utilizarlo para Chile. Todos éramos en una u otra medida provincianos; las relaciones internacionales eran una cosa etérea, que quedaba fuera. Ahora hemos aprendido que esto no es así; tenemos que ver cómo otras experiencias, otros mundos, sirven para lo nuestro.

Europa fue devastada por el fascismo, pero muchas sociedades se reconstruyeron a través de gobiernos naciona-

les y experiencias nacionales. De Gaulle entró a París y gobernó con los comunistas por año y medio; y en Italia, De Gasperi, el líder demócratacristiano, gobernó con un vicepresidente ministro, Togliatti, comunista, durante ocho meses. Estos países han podido dar respuestas nacionales a situaciones de profunda crisis para reconstruirse, y eso es un tema que tenemos que entender y captar.

Chile, por su parte, cuando nacionalizó el cobre dio una respuesta nacional: todo el Congreso aprobó la nacionalización. Si bien ese fue un tema que planteó inicialmente la izquierda con mucha fuerza, luego se amplió a otros sectores de la sociedad chilena hasta que al final hubo una respuesta de todo Chile.

Por eso digo que cuando estamos enfrentando el tema de la crisis de la sociedad, no basta sólo el tema de la unidad que se grita tan fácilmente; no basta con decir "quiero unidad" para terminar con la dictadura si no la tenemos para estas otras cosas, si no la buscamos también con un cierto grado de humildad para reconstruir Chile en su adversidad. Aprendamos al menos eso: que la democracia la perdimos entre todos porque no supimos cuidarla cuando la teníamos. Aceptemos también que no podemos llegar con opiniones predeterminadas a recuperarla. En nuestro caso, en mi partido no aceptamos ni exclusiones ni verdades a priori, pero tampoco nos parece bien que para un determinado entendimiento nacional queramos imponer una determinada verdad.

El drama es demasiado profundo y permanente, todos los sabemos; lo que nos ha ocurrido como sociedad es demasiado dramático y creo que la posibilidad de reconstruir parte de la comprensión de que más allá de pequeños intereses de partidos, de grupos, de cúpulas diferentes, está un destino muy superior. Con esto no estoy diciendo que dejemos de ser lo que somos. Lo que estoy diciendo es que tiene que haber a lo menos un elemento mínimo de entendimiento para que a partir de ahí sigamos planteando nuestras discrepancias, y para que a partir de ahí los unos intenten construir el socialismo y los otros intenten preservar lo que tienen en una sociedad capitalista.

Pero ahora lo importante es poner fin a esta pesadilla, entendiendo que la pesadilla no es sólo Pinochet, sino esta crisis que desangra a nuestra patria, a partir de la cual es necesario reconstruirla.